

# Las Dos actitudes ante la vida

Esta introducción nos va a servir para poder aclarar los diversos aspectos de la vida de dos desencarnados. Hay, tanto para encarnados como para desencarnados, muchas formas de enfocar el trabajo a realizar en la Tierra.

A veces, teniendo muchas posibilidades y pocos problemas, para poder tener la oportunidad de hacer muchas cosas, lo que hacemos es no hacer “nada”. Procurar vivir una vida cómoda, evitar implicarnos en nada, y que nadie nos incomode en nuestra “tranquila vida”. No hacemos el mal, pero no practicamos el bien. Dar limosnas o decir que creemos en Jesús, pero no seguirlo, no nos va a convertir en virtuosos. Tal vez engañemos a algunos de los que nos rodean, pero, al final, los engañados somos nosotros. La inercia, la inutilidad voluntaria, se graba en nuestro periespíritu, y cuando desencarnamos, nos encontramos con sorpresas muy desagradables. Creyendo ir al Cielo, nos situamos en zonas de sufrimiento e incomprensión y, no habiendo hecho nada útil, somos como herramientas oxidadas.

Otra actitud; esta más grave, es la del espírita que, sabiendo tanto, no practica lo que aprendió. Es como llevar una vida paralela, o bien aquello de: Haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago. Muchos espíritas con serios compromisos con el Espiritismo, una vez que desencarnan y se reponen de la turbación lógica, cuentan arrepentidos sus errores, sus vicios personales, su inercia ante una vida llena de perspectivas de alegrías, paz, crecimiento interior, etc., y lloran amargamente al comprender lo que podían haber hecho con el conocimiento adquirido y que no hicieron, porque se dejaron arrastrar por las malas tendencias, sin ser, por ello, malas personas.

No olvidemos que el conocimiento sin práctica, es vacío para el alma. Aprovechemos la oportunidad que nos dio Dios en nuestra encarnación para el progreso de nuestro espíritu, y sepamos llevar a cabo nuestro compromiso, aquel que asumimos en la espiritualidad.

# MANOS HERRUMBROSAS

Cuando Joaquín Sucupira abandonó el cuerpo, después de los sesenta años, dejó en quienes le conocían la impresión de que subiría al Cielo directamente. Había vivido alejado del mundo, en el precioso confort heredado de sus padres. Hablaba poco, andaba menos, no hacía nada.

Se lo veía con trajes impecables. La corbata ostentaba siempre una perla de alto precio, una pequeña orquídea destacaba la solapa y el pañuelo, admirablemente doblado; caía, impecable, del bolsillo pequeño. El rostro denunciaba su depurado culto a las maneras distinguidas. Cada mañana buscaba, en el cuidadoso barbero una renovada expresión juvenil. El cabello ordenado, aunque escaso, le cubría el cráneo con el mayor esmero.

Decía ser cristiano y, realmente, si bien vivía aislado, no hacía mal siquiera a una hormiga. A pesar de eso afirmaba que los religiosos, de cualquier matiz, le causaban pavor. Detestaba a los sacerdotes católicos, criticaba a las organizaciones protestantes y colocaba a los espíritas en la categoría de locos. Aceptaba a Jesús a su modo, pero no según el propio Jesús.

Las facilidades económicas transitorias le retrasaban las lecciones bienhechoras del concurso fraterno, en el campo de la vida.

Estudiaba, estudiaba, estudiaba...

Y cada vez más se convencía de que las mejores directivas eran las suyas.

Aislamiento individual para evitar complicaciones y disgustos. Admitía, sin reservas, que así efectuaría la preparación adecuada para la existencia después del sepulcro. En vista de eso, el desprendimiento del envoltorio carnal de un hombre tan cauteloso en preservarse, habría de transcurrir como un viaje sin escalas con destino a la Corte Celeste.

Daba a los familiares el dinero suficiente para satisfacer aventuras y extravagancias, para que no lo incomodaran; distribuía abultadas limosnas; para que los problemas de la caridad no visitasen su hogar; se apartaba del

Mundo para no pecar. ¿No sería Joaquín? — se preguntaban sus amigos íntimos

— ¿el tipo de religioso perfecto? Distante de todas las complicaciones de la experiencia humana, debido a la fortuna que había heredado de sus parientes, sería imposible que no conquistase el paraíso.

Sin embargo, la realidad que ahora le hacía frente no correspondía a la expectativa general.

Sucupira, en el mundo espiritual, había ingresado en una esfera de acción dentro de la cual parecía no ser percibido por los grandes servidores celestiales. Los veía en destacada actividad, en los campos y en las ciudades. Decían las órdenes divinas, en secreto, a los oídos de todas las personas que colaboraban en servicios dignos. Incluso había llegado a ver un ángel que abrazaba en forma singular a la vieja cocinera analfabeta.

Pero si él se aproximaba a los Mensajeros del Cielo, no lo atendían.

Podía andar, ver, oír, pensar. Sin embargo — ¡Desventurado Joaquín! — las manos y los brazos permanecían inertes. Parecían antenas de mármol, irremediabilmente ligadas al cuerpo espiritual. Si intentaba matar la sed o el hambre se veía obligado a caer de bruces, porque no disponía de manos amistosas que lo ayudaran.

Durante mucho tiempo soportó semejante infortunio, multiplicando ruegos y lágrimas, hasta que fue conducido por una entidad caritativa al pequeño tribunal de socorro que funcionaba temporariamente en las regiones inferiores donde vivía compungido.

Una vez reunida la asamblea de espíritus penitentes, el bienhechor que desempeñaba ahí las funciones de juez, declaró que no contaba con mucho tiempo, debido a las obligaciones que lo ligaban a los círculos más elevados y que había ido hasta ese lugar solamente para liquidar los casos más dolorosos y urgentes.

Algunos compañeros, entre los dedicados al bien con devoción, seleccionaron a media docena de sufridores que podrían ser oídos, entre los cuales, en último lugar, figuró Sucupira, exhibiendo los brazos petrificados.

Lloró, rogó, se lamentó. Cuando parecía estar dispuesto a hacer un relato general y pormenorizado de la existencia finalizada, el juez objetó con prudencia:

\_ No, mi amigo, no cuente su biografía. El tiempo es corto. Vamos a lo que interesa.

Lo examinó detenidamente y, pasados algunos instantes, dijo:

- Su maravillosa agudeza mental demuestra que estudió muchísimo.

Hizo un pequeño intervalo y empezó a interrogar:

- Joaquín ¿estaba casado?

- Sí

- ¿Cuidaba la casa?

- Mi mujer cuidaba de todo.

- ¿Fue padre?

- Sí.

- ¿Cuidaba a los hijos cuando eran pequeños?

- Teníamos suficientes número de criadas y amas.
- ¿Y cuando llegaron a jóvenes?
- Estaban naturalmente confiados a los profesores.
- ¿Ejerció alguna profesión útil?
- No tenía necesidad de trabajar para ganar el pan.
- ¿Nunca sufrió dolores de cabeza por los amigos?
- Siempre huí, receloso, de las amistades. No quería perjudicar ni ser perjudicado.
- El juez se detuvo, reflexionó largamente y prosiguió:
- ¿Adoptó alguna religión?
- Sí, era cristiano – aclaró Sucupira.
- ¿Ayudaba a los católicos?
- No. Detestaba a los sacerdotes.
- ¿Cooperaba con las iglesias reformadas?
- De ningún modo. Son excesivamente intolerantes.
- ¿Acompañaba a los espiritistas?
- No. Temía su presencia.
- ¿Amparó a los enfermos, en nombre de Cristo?
- La tierra tiene numerosos enfermeros.
- ¿Auxilió a las criaturas abandonadas?
- Hay hogares infantiles por todas partes.
- ¿Escribió alguna página consoladora?
- ¿Para qué? El mundo está lleno de libros y escritores.
- ¿Utilizaba el martillo o el pincel?
- No, absolutamente.
- ¿Socorrió a los animales desprotegidos?
- No
- ¿Le agradaba cultivar la tierra?
- Nunca.
- ¿Planto árboles bienhechores?
- No, tampoco.
- ¿Se dedicó al servicio de canalizar las aguas, para proteger paisajes empobrecidos?

Sucupira hizo un gesto de desdén e informó:

- Jamás pensé en esto.

El instructor le hizo indagaciones sobre todas las actividades dignas conocidas en el Planeta. Al final del interrogatorio, opinó sin dilaciones.

- Hay una explicación para su caso: Ud. Tiene las manos cubiertas de herrumbre.

Ante la cara del amargado interlocutor, aclaró:

- Es el talento no usado, mi amigo. Su remedio está en regresar a la lección. Repita el curso terrestre.

Joaquín, confundido, deseaba más amplias explicaciones.

No obstante, el juez, sin tiempo para oírlo, lo entregó al cuidado de otro compañero.

Rogelio, un carioca ingresado en el mundo espiritual en 1945, lo recibió con el semblante amable y feliz y, luego de escuchar sus extensas lamentaciones, pacientemente, lo invitó:

- Vamos, Sucupira. Ud. Entrará en la fila en pocos días.

- ¿Fila? – interrogó el infeliz, boquiabierto.

- Sí – agregó el alegre ayudante – en la fila de la reencarnación.

Y, empujando al paralítico por los hombros, concluía sonriendo:

- Lo que Ud. Precisa, Joaquín, es movimiento...

**PD: Escrito tomado del curso del ESDE, programa III, lección 7 Ley del Progreso**

## **LAS TRIBULACIONES DE UN ESPÍRITA DESENCARNADO**

Por primera vez después de su desencarnación, Eustaquio se manifestaba por medio de la psicofonía mediúmnica, en el grupo de trabajo al que estuvo vinculado durante 25 años, en las labores de Caridad. ¡Euforia y emoción!...El compañero desencarnado fue un abnegado servidor y gran amigo de todos.

Queridos míos – saluda, emocionado, el visitante, por la psicofonía mediúmnica.- Grande es mi alegría, de vuelta a nuestra convivencia. Aun no estoy en plena posición de mis fuerzas, ni entrenado para este intercambio. Puedo adelantar, mientras tanto, que todo lo que aprendimos con nuestra amada Doctrina Espírita es la expresión de la realidad, principalmente en lo que se refiere al servicio del Bien, que es sublime siembra para la Vida Eterna, favoreciendo un retorno feliz a la Espiritualidad. Aunque poco es lo que hice, recibí preciosas compensaciones...

Después de una ligera pausa, Eustaquio imprime un leve trazo de tristeza en sus palabras, diciendo:

Entre tanto, mi situación espiritual no es de las mejores, por cuanto si algo realicé en beneficio del semejante, fui muy descuidado en relación a mi propio Espíritu. Es relativamente fácil trabajar por el bien ajeno; difícil es impedir el mal en nosotros mismos. No hay dificultad en orar por alguien, visitar enfermos, pronunciar palabras de confort y estímulo, atender al necesitado... Difícil es contener la irritación, evitar la maledicencia, ejercitar el perdón, abortar la mala palabra... ¡Semejantes impulsos están muy arraigados en nuestro corazón! Y están los vicios... ¡Increíble! No llevo la cuenta de las manifestaciones que presencié de entidades desencarnadas lamentando los excesos en la mesa, los desequilibrios, el alcohol, el tabaco, los tóxicos... ¡Y heme aquí a engrosar el coro de los atormentados del Más Allá, porque jamás llevé en serio las advertencias contenidas en aquellos dolorosos apuntes!...

Mira, Eustaquio, no te tortures.- dijo conciliador el compañero Breno.- Al final, nadie es perfecto...

Sí, ya lo sé, ya lo sé... Todos tenemos flaquezas, pero, ante las bendiciones del conocimiento espírita, está la obligación de combatirlas. En cuanto permanecemos en la oscuridad, nadie nos puede criticar si tropezamos, pero cuando la luz se hace, nos cabe mirar por donde andamos. Nada puedo hacer sino lamentar el tiempo perdido, pero ustedes permanecen en la lucha. Aprovechen las oportunidades; no pierdan tiempo, aprendan a analizarse, miren dentro de sí mismos, miren lo que debe ser

cambiado y háganlo, a fin de no recibir decepciones idénticas a las mías... El título de servidor del Evangelio es importante: habilitarnos a muchas bendiciones, pero solamente como discípulos auténticos de Cristo estaremos construyendo, realmente, nuestra felicidad. Eso pide no sólo el movimiento de nuestras manos por la promesa de la Fraternidad, sino, sobre todo, de nuestra voluntad, a trillar con decisión arduos caminos del perfeccionamiento espiritual.

El amigo desencarnado se despidió y la reunión fue cerrada. En aquella noche no hubo, como de costumbre, comentarios sobre la manifestación. Todos meditaban, impresionados, sobre las graves advertencias recibidas, sintiendo que si desencarnasen en aquel día no estarían en mejor situación.

\*\*\*\*

El conocimiento espírita es una bendición de esclarecimiento y orientación, amenizando las amarguras de la existencia humana y estimulándonos al movimiento por la Fraternidad, donde cogemos bendiciones de las flores de la Esperanza y frutos dadivosos de trabajo ennoblecedor...

Pero representa también, intransferibles aumentos de responsabilidad en el campo del perfeccionamiento individual, partiendo del principio evangélico de que mucho será pedido a aquel que mucho recibió.

*Autor: Richard Simonetti, Brasil*